



HAL
open science

Reparar a los lectores

Alexandre Gefen

► **To cite this version:**

Alexandre Gefen. Reparar a los lectores. Cuadernos LIRICO, 2019, 20, 10.4000/lirico.8905 . halshs-02430630

HAL Id: halshs-02430630

<https://shs.hal.science/halshs-02430630>

Submitted on 7 Jan 2020

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.



Cuadernos LIRICO

Revista de la red interuniversitaria de estudios sobre las literaturas rioplatenses contemporáneas en Francia

20 | 2019
Situación

Reparar a los lectores

Alexandre Gefen

Translator: Francisco Espino



Electronic version

URL: <http://journals.openedition.org/lirico/8905>

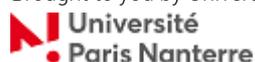
DOI: 10.4000/lirico.8905

ISSN: 2262-8339

Publisher

Réseau interuniversitaire d'étude des littératures contemporaines du Río de la Plata

Brought to you by Université Paris Nanterre



Electronic reference

Alexandre Gefen, « Reparar a los lectores », *Cuadernos LIRICO* [En línea], 20 | 2019, Publicado el 06 julio 2019, consultado el 07 enero 2020. URL : <http://journals.openedition.org/lirico/8905> ; DOI : 10.4000/lirico.8905

This text was automatically generated on 7 January 2020.



Cuadernos LIRICO está distribuido bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional.

Reparar a los lectores¹

Alexandre Gefen

Translation : Francisco Espino

EDITOR'S NOTE

En nombre de Cuadernos LIRICO agradecemos el acuerdo del autor para publicar esta traducción. El original en francés fue publicado como introducción de Alexandre Gefen, *Réparer le monde. La littérature française face au XXI^e siècle*, París, Corti, 2017, y está disponible en línea http://www.fabula.org/atelier.php?R%26acute%3Bparer_les_lisants. Las cursivas son originales del autor. Las notas de traducción se incluyen entre corchetes.

Lo que importa es que con el mundo hagamos
países y lenguas; con el caos, sentido; con los
prados, campos de batalla; con nuestros actos,
leyendas y esa forma sofisticada de leyenda que es
la historia; con los nombres corrientes, un nombre
propio.

Pierre MICHON, *Mythologies d'hiver*
(contraportada).²

- ¹ No paramos de lamentar el fin de la literatura francesa contemporánea y de promulgar la aparición de una “postliteratura”, como dice Richard Millet (2010), la cual no tendría nada en común con lo que entendemos, desde principios del siglo XIX, por ese nombre. No nos cansamos de señalar el eclipse del prestigio y de la concepción romántica típicamente francesa de las letras. Pero el debilitamiento de las funciones colectivas de la literatura y la desacralización contemporánea del escritor, al igual que el de las corrientes formalistas modernas y postmodernas, vienen a beneficiar los nuevos roles: voy a defender aquí la idea de que, a comienzos del siglo XXI, ha aparecido una concepción de la escritura y de la lectura que voy a calificar de “terapéutica”, donde encontramos una literatura que sana, que cura, que ayuda, o que, al menos, “hace bien”. A mi entender, todo ocurre como si, en nuestras democracias privadas de grandes escenarios

hermenéuticos y espirituales colectivos (Taylor 2011), el relato literario prometiese pensar lo singular, darle sentido a las identidades de carácter plural, volver a trazar las geografías que constituyen las comunidades: se trata de programas más reparadores que emancipadores. Los individuos frágiles, los olvidados de la gran Historia y las comunidades devastadas son los héroes de la ficción francesa contemporánea. Estos discursos neohumanistas tienen que ver con lo que solemos considerar, a partir de los trabajos de Dominique Viart, como un retorno a la “transitividad” (2008: 16). Al erigirse, al mismo tiempo, contra el *storytelling* y contra el entretenimiento, la literatura querría hacerle frente al mundo: actuar, remediar los sufrimientos, ayudarnos a vivir mejor en nuestra vida cotidiana. Esta doctrina difusa está tanto en los discursos sociales sobre los usos de la literatura, como en la palabra de los escritores, opuesta al ideal de intransitividad todavía ampliamente dominante a finales del siglo XX. “¿Para qué sirve la literatura?”³ (2013), se preguntaba Antoine Compagnon aún en 2006, en su lección inaugural en el Collège de France. Al matizar esta definición, nuestros contemporáneos han encontrado numerosos usos a lo que Valéry Larbaud denominaba “ese vicio impune, la lectura”: la literatura revela, testimonia, “da acceso íntimo al otro, amplía el campo de conocimiento y la profundidad de la experiencia”⁴, en palabras de Pierre Jourde, quien se hacía esta pregunta recientemente en su blog *Confitures de culture* (2009). Confiere “misterio a las personas a quienes la vida cotidiana parece anegar, y a las cosas en apariencia triviales, y ello a fuerza de observarlos con una atención sostenida y de manera casi hipnótica”⁵, como proponía Patrick Modiano en su discurso de recepción del Premio Nobel de literatura (2014: 12).

- 2 La fórmula “el escritor no tiene nada que decir”, que encontramos tanto en Blanchot (1966: 12) como en Robbe-Grillet (1963: 42), parece situarse en las antípodas de la literatura tal y como se escribe desde finales del siglo XX. Al darle la espalda tanto a la tradición formalista como a las prácticas propias de una literatura comprometida según un modelo sartreano, la literatura contemporánea se enfrenta al mundo, no pretendiendo retirarse de él o cambiarlo, sino buscando pensar lo que en él sólo puede pensarse mediante la literatura. A través de un retorno al sujeto y a lo real, iniciado en los años ochenta, de una nueva atención concedida al mundo, de un interés renovado por las problemáticas de la transmisión y de la identidad, la literatura se erige como un instrumento de construcción del yo, de fuerte reflexión moral. Si se niega a convertirse en un simple entretenimiento, la literatura francesa contemporánea tiene la ambición de cuidar a la vida autóctona, a los individuos frágiles, a los olvidados de la gran historia, a las comunidades devastadas, a nuestras democracias inquietas, ofreciéndole al lector su capacidad para pensar el imperativo de individualización, para recordar a los muertos, para compartir experiencias sensibles o para inventar futuros posibles: es de esta forma como se enfrenta al mundo. “Aparece el preciosismo en cuanto el arte se convierte en reflejo de sí mismo. No, las artes tienen que apuntar a algo así como una conciliación con el mundo y con el prójimo”⁶, escribe Pierre Michon (2007: 56) para comentar este giro, cuyos primeros síntomas han sido las ficciones biográficas. En este ensayo querría aludir a ese imaginario colectivo, particularmente activo desde el principio del nuevo milenio, donde la literatura, ejerciendo funciones de religión y de proyecto político, pretende reparar nuestras condiciones de víctimas, corregir los traumatismos de la memoria individual o del tejido social (sin diferenciar entre la “alta literatura” y los talleres populares de escritura).

- 3 A través de un recorrido por la ficción contemporánea francesa, el objetivo de esta obra es reflexionar sobre las decisivas transformaciones que están sucediendo ante nuestros ojos: transformaciones de las prácticas literarias, de los géneros y de las normas, del lugar del escritor, pero sobre todo de la palabra que llamamos literaria, en torno a la aparición de un modelo en el que la literatura se justifica y se reconoce, a un paradigma a través del cual se propone un modo de acción y una forma de inserción en la sociedad contemporánea. Quisiera describir este paradigma clínico, terapéutico, como una manera de solicitarle a la literatura y a la lectura que reparen, reconecten, reestablezcan, llenen los vacíos de las comunidades contemporáneas, que reordenen la historia colectiva y personal, que suplan la falta de mediación de las instituciones sociales y religiosas, percibidas como obsoletas y decadentes en un momento en que al individuo se le emplaza a inventarse a sí mismo. Salvar o actuar, incluso modestamente, sobre nuestros sufrimientos individuales o nacionales, a través de la palabra literaria en tanto que una dirección o una liberación, a través de la ficción en tanto que es capaz de ponerle palabras a lo perdido o a lo indecible, intentar identificar e intervenir en las heridas del mundo, me parece la consigna central, con frecuencia explícita, de los proyectos literarios contemporáneos. Esta consigna contribuye a la resocialización de la literatura, que pasa a ser una actividad necesaria de la expresión de sí, antes que una vocación o un magisterio reservado a los elegidos, así como a la resocialización de los escritores, que pasan a ser percibidos por todos, al abandonar su torre de marfil, como “compañeros de la elucidación” (Viart 2012: 78). Al romper con una concepción patrimonial de la literatura y con una formalista, se hace de la obra una experiencia compartible, un dispositivo hermenéutico apropiable y, a veces, modificable por el mismo lector, mediante formas de arte “relacional”, o simplemente de reapropiación de la autoridad artística, de *empowerment* de los amateurs. Esta evolución viene acompañada de la creación de nuevos espacios de intercambio y de nuevas formas de conversación, particularmente a través de la creación digital y del papel de las redes sociales. Nos impone, me parece, una renovación de los objetos de estudio, así como de los métodos de análisis. Restituye la importancia de la reflexión pragmática de John Dewey o de Richard Shusterman, para quienes la obra de arte debe considerarse como un logro para el que está inmerso en ella o para el que la crea, y no como un fin intrínseco –de ahí una atención a los programas y a los usos (“¿qué quiere hacer la literatura?”, “¿qué queremos hacer de la literatura?”), los que se vuelven más importantes que el pensamiento ontológico y territorial (“¿es literatura?”) tradicionalmente ejercido por la teoría y la poética literaria.

Un giro estético-ético

- 4 Desde el modo con que Régis Jauffret (2012) se sumerge en la vida de una mujer joven mártir que permanece encerrada en un sótano⁸, hasta los modos con que otros escritores hablan de migrantes o de precarios a pesar de su invisibilidad, los objetos sobre los que la literatura “remediadora” busca operar son múltiples: los yo heridos, no registrados; las comunidades desaparecidas, esclavizadas, cegadas; la alteridad innominada, abandonada; la historia agujereada, oculta, banalizada; los cuerpos sufrientes, moribundos; los dramas y los seres sin lenguaje ni representación. Todos estos objetos tienen en común la apelación a la empatía, es decir, la capacidad del relato de ponernos en el lugar del otro para compartir sus emociones y comprender su posición en las situaciones más problemáticas, versión francesa de lo que ahora se denomina, al otro lado del Atlántico, la

ética del *care*. Esta nos promete “sanar lo que puede ser sanado”, retomando una fórmula de la obra maestra empática *D'autres vies que la mienne* (2009), de Emmanuel Carrère. De ahí la importancia, en el campo contemporáneo, de formas literarias como los relatos de transmisión, de rememoración, de testimonio. El punto en común es constituir, más que programas literarios o escuelas estéticas, formas de intervención, a veces concretas, en zonas periféricas, en fábricas, en prisiones, o indirectamente literarias, ya sea para operar en el presente, ya sea para intervenir en el pasado a modo de reparación retrospectiva, ya sea para construir profecías protectoras ante los futuros, como en Antoine Volodine por ejemplo.

- 5 Este papel asignado a la empatía forma parte de un giro estético-ético, cuya utilización del relato busca producir lo que el filósofo Paul Ricoeur denominó identidades narrativas en las que podamos reconocernos, “volver a comprendernos”, proyectarnos, tanto a nivel personal como social. La literatura se declara útil porque nos pone en contacto con experiencias de pensamiento con valor moral y, sobre todo, me parece, porque nos permite retomar la alteridad en una sociedad fraccionada en individuos. El relato y sus personajes permiten pasar de “pensar por sí mismo” a “pensar desde el punto de vista de cualquier otra persona”, por mediación de los afectos. Se trata de dar testimonio, no de la historia abstracta, sino de otra persona concreta y real, no para reflexionar y establecer un modelo, sino para sentir y relacionarse. Se trata, más que de describir e informar, de compartir la sensibilidad de los precarios, de las víctimas. Esta literatura afirma que el lenguaje y el relato son poderes reparadores, a la vez que se decanta por tradiciones estéticas muy diversas: empatía social (desde el análisis de las víctimas de la desindustrialización de François Bon hasta el interés por los rechazados socialmente, cuyos testimonios recoge la obra de Patrick Modiano, o ese “los que se están quedando atrás”⁹ de Daniele Sallenave (1986: 16-22)), empatía mística (por ejemplo en Pierre Michon, un escritor cuya mística de la alteridad revela más de caridad cristiana que del *care* anglosajón), pasando por formas perturbadoras de novelas terapéuticas en escritores que hablan del duelo (Pierre Guyotat, Pierre Pachet, etc.). Añadiremos a esta lista los relatos que se ocupan de dar testimonio de las catástrofes o simplemente del estado del mundo, como los relatos de los escritores periodistas que investigan sobre la pobreza a la manera de Olivier Rolin, en un modelo por inmersión de empatía vía identificación directa. Incluso en Régis Jauffret, uno de los escritores franceses más apegados a describir la alteridad afligida, quien se autodefine como un “megalómano hasta en la pena” (2008: 216)¹⁰, este interés reparador parece compatible con formas de indiferencia irónica, como si los malos sentimientos debieran compensar los buenos y la ironía la piedad.
- 6 Se trata de afrontar todo lo anterior y a la depresión ligada a la concepción moderna de inventar la propia existencia. Se trata de hacer frente a lo cotidiano, de justificar cada elección de libertad desmarcándose mediante la invención de un estilo y de una identidad del yo, sin que importe exhibir su fragilidad. Los modelos referenciales subyacentes son, por tanto, los de la psicología de “autoayuda” bajo un planteamiento “expresivista”. Esta inquietud identitaria no conduce, necesariamente, a formas autobiográficas o autoficcionales. Puede llevarnos a una escritura de la alteridad de matriz biográfica: la mimesis se convierte en una forma de ayudar a la propia fragilidad (el escritor busca tomar y preservar la diferencia, que se ha transformado en un valor en sí misma), en una literatura “coadyuvante”, que propone una política de reciprocidad. Para escritores como Annie Ernaux, “ayudar” consiste en ayudar al mundo, archivar el tiempo presente, recordar todo lo que muere, realizar un seguimiento, inscribir, soñar con un arca de Noé

con extensión infinita, según un modelo proustiano hipermnésico, donde la literatura es, a la vez, epifanía del origen, museo de un mundo originario y archivo de una cultura. Una ambición colectiva está presente en la literatura contemporánea: las comunidades le piden a la literatura reestablecer las filiaciones (Demanze 2008), las genealogías imposibles, verbalizar las inscripciones secretas o prohibidas, la realidad territorial. Esta preocupación por la memoria se apoya en una visión foucaultiana de la historia, es decir, en una concepción reparadora donde la palabra histórica restituye los mundos y viene a corregir los olvidos de los márgenes en los discursos oficiales, en una complementariedad entre las virtualizaciones de la historia y la mirada propia de la imaginación literaria. Se trata de darle la palabra a los infames, de proponer una clínica del mundo social, en la tradición romántica de intervención social y política, así como de anteponer una visión educativa de la literatura y de su consumo, versión francesa de las doctrinas americanas sobre el *empowerment* de las comunidades mediante la palabra. Otras direcciones estéticas de estas formas de compromiso con el mundo son posibles. Las veremos: de Patrick Deville a Laurent Mauvignier, de Jean Hatzfeld a los hermanos Rolan, ha surgido, por ejemplo, un modelo activo del escritor investigador o testigo, que parte de una experiencia directa, de una exploración o de una inmersión restitutiva, que invierte a su vez los repartos previos entre la literatura, los saberes y la intervención social.

El fin de la intransitividad literaria

- 7 Las secciones de “desarrollo personal”, que en las librerías remplazan poco a poco a las de “ensayo”, le conceden un reconocimiento creciente al arte-terapia, a los talleres de escritura para el bienestar. En todas partes hay voces que proponen salvar a la lectura, no en nombre del saber o de la cultura, sino como un ocio, gratificante y satisfactorio [renarcissisant]. En Estados Unidos, para la célebre filósofa Martha Nussbaum, la lectura de novelas es una forma de garantizar una “justicia poética” (1995) y de conducirnos al bien –en las antípodas de Bataille para quien “si la literatura se aleja del mal, se vuelve enseguida aburrida”(1958). La influyente bloguera americana Maria Popova decreta que las cuatro funciones de la literatura son “haceros ganar tiempo, volveros más amables, curaros de la soledad y prepararos para superar los fracasos” (2004). Algunos de sus compatriotas, imbuidos en las ciencias cognitivas, justifican el consumo de novelas como forma de ejercicio mental y de entrenamiento para la vida social. Al alero de una filosofía neodarwinista, se concibe la utilidad de la literatura en función de regular las pasiones colectivas y de proponer soluciones imaginativas a nuestras necesidades de adaptación a nuevas situaciones. Tzvetan Todorov, hasta hace poco adalid del formalismo, redefine hoy los poderes de la literatura en términos que no disgustarían a los manuales de desarrollo personal: la literatura “nos puede tender la mano cuando nos sentimos profundamente deprimidos, conducirnos hasta los otros seres humanos que nos rodean, hacernos comprender mejor el mundo y ayudarnos a vivir” (Todorov 2007: 72).
- 8 En este marco, es forzoso constatar que la literatura, en la acepción extensa del término que vamos a considerar, se ha convertido hoy, por lo general, en una medicina del alma. Encontraremos esta idea divulgada tanto en el proyecto de la “biblioterapia” (2015) dirigido por Régine Detambel, como en la cinta publicitaria que dice “novela antidrepresiva” (utilizada para la edición de bolsillo de Stéphane Carlier, *Les gens sont les gens*). Llegar a ser uno mismo, lograr la célebre y tan alabada resiliencia, mediante la incorporación de la experiencia de los libros a la vida, producir el “hacha que rompa el

mar helado que hay dentro de nosotros” (Kafka 1984: 575)¹¹. La escritura y la lectura tienen ahora el proyecto de acompañar esta autonomización del individuo a paso forzado, de la que el sociólogo Alan Erenberg (1998)¹² o el antropólogo François Flahault (2006) han hecho el síndrome de nuestra sociedad liberal. De ahí la preeminencia, en el campo contemporáneo, de una variedad de discursos de autodefinición y de autojustificación que insisten en la idea de una remediación o de una “restitución” del sentido para el lector, tomando prestado un planteamiento central de Dominique Viart (2009). Esta recuperación deviene, por defecto, la definición misma de la actividad literaria. La originalidad del campo contemporáneo reside, a mi modo de ver, más que en apostar por modelos lejanos, distantes, en una tendencia permanente a asociar al lector por proyección y empatía con las experiencias del prójimo, independientemente de lo lejanas que sean.

- 9 El objetivo de este ensayo es describir tanto las formas y los lugares de intervención de esta literatura (o de este uso de la literatura), como sus proyectos de acción, insistiendo tanto en los valores de uso sociales e individuales como en los programas explícitos o en los discursos de justificación. La idea de que la literatura nos cura y nos hace mejores es un mantra contemporáneo inverificable y no trataremos nunca de hacer un juicio sobre la realidad, siempre controvertida, de la acción de la literatura sobre los individuos y las sociedades, ni sobre las modalidades de acción posibles de los textos sobre los individuos, todas ellas son cuestiones que le atañen a la psicología o a la sociología, y sobre las cuales sólo poseemos análisis embrionarios (Keen 2007: xix y ss.). En cambio, analizar los discursos sobre el poder de la literatura, implica tomar nota del hecho que, en el campo contemporáneo, la literatura no es un fin en sí, sino un dispositivo social o simbólico poderoso que opera sobre las conciencias y los corazones. Es esta operación de transferencia afectiva y de intervención interna la que el relato emblemático de Maylis de Kerangal, *Reparer les vivants*, ha tematizado, en 2014, para toda su generación, utilizando un trasplante de corazón como metáfora. Dicho texto, al igual que otros centenares de relatos explícitamente terapéuticos o “reparadores”, recoge lo que me gustaría denominar, mediante un préstamo lejano de un concepto esencial de la mística hebrea de Isaac Luria, el *tikkun olam* (literalmente “reparar el mundo”), una doctrina de la responsabilidad y de la reparación del mundo.
- 10 Varias precisiones me parecen necesarias: hablar de literatura es operar una esencialización, incluso, si le atribuimos acciones, una cosificación, una antropomorfización. Por literatura no entenderé aquí una entidad que tiene autonomía de acción, ni una doxa oficial o un movimiento literario dominante y homogéneo, ni una idea plena y explícitamente llevada a cabo, sino simplemente una ideología definicional, en ocasiones difusa, y que es actualizada de forma diferente por la crítica, los paratextos o el metalenguaje literario. Esta idea no es única, ni forzosamente unívoca, es problematizada con frecuencia, interrogada o rebatida con vigor. No se trata de poner esto en duda. No obstante, el objetivo de este ensayo es demostrar la presencia, incluso el carácter dominante que toma en algunos escritores y lectores, de dicho uso terapéutico de la literatura, y observar su genealogía y sus formulaciones. Nos falta una historia de la literatura, tal y como lo lamentaba Roland Barthes (2002: 413), que precisase no ya el perímetro, las prácticas y las formas, ni siquiera las definiciones, sino más bien las finalidades, y que permitiese ver la posible inflexión de las prácticas contemporáneas. Semejante proyecto no se limitaría a hacer una historia del debilitamiento de una literatura que preserva la autonomía como “finalidad sin fin” y que sacraliza su propia

inutilidad. En cualquier caso, nada indica que descubrir todas las formas donde la ficción se emancipa de la representación para asumir su propio juego, los momentos en que las formas valen en tanto que formas, las prácticas de simbolización centradas en el yo del escritor, las referencias internas de los textos entre sí, pueda justificar la existencia de un régimen estético implícito de las letras anteriores al siglo XIX. Muchos trabajos actuales exageran las divisiones llevadas a cabo a principio del siglo XIX, cuando el término “literatura” empezó a designar una actividad separada, un campo particular (y eminentemente marginal) en el espacio del saber y de las representaciones, un medio y un oficio propio. Ahora bien, esta división nos impide usar el término “literario” en su acepción antigua para toda forma de expresión anterior a esta supuesta autonomización y a sus consecuencias, la clara división de las vocaciones, de las formas de saber y de los tipos de discurso. Esta es, por ejemplo, la posición de Florence Dupont, quien rechaza radicalmente el uso del término “literario” para las obras anteriores a la invención de dicha palabra por Madame de Staël, a principios del siglo XIX. Por el contrario, pensar la actividad literaria en términos de usos, en el marco de una pragmática amplia que incorpora actividades humanas que invierten recursos lingüísticos en distintas finalidades (convencer, seducir, convertir, divertir, etc.), permite reintegrar al campo literario ampliado, no sólo las acciones con una finalidad específica (gustar, convencer, etc.), sino también las actividades rituales que una definición estrictamente estética habría descartado. Clasificar las actividades de escritura concretas sin a priori, sean individuales o colectivas, es lo que nos conduce a la “des-esencialización” contemporánea de la literatura, tal y como el siglo XIX la había imaginado y como *la NRF*¹³ la había consagrado. Al distanciarse de este modelo de carácter religioso del escritor y del letrado que aún prevalece ampliamente en las conciencias, se abre una posible reintegración en la larga duración de hechos de lo “literario”, de la riqueza de las prácticas escriturales y de las intervenciones simbólicas, ya sea que se realice así una práctica de distinción mediante la forma, ya sea una reunión ritual de la comunidad –movimiento del que se deja constancia en la substantivación del adjetivo recogida en el *Dictionnaire du littéraire*, publicado en 2002 por los sociólogos e historiadores Paul Aron, Denis Saint-Jacques y Alain Viala (2002). Cuando la literatura deja de existir como una idea unívoca, cuando la palabra designa, casi por homonimia, a prácticas diferentes, cuando la crítica labra acta de las peculiaridades del sujeto y vuelve a buscar en Barthes, no la locura de los sistemas, sino la potencia de la subjetivación, cuando el espacio argumentativo se ha disuelto en un debate globalizado y digital, entonces es el uso, tal y como lo proyectan los escritores, organizado por sus mediadores (críticos, libreros, intérpretes, pedagogos) y actualizado por los lectores de acuerdo con distintas modalidades que pueden variar entre sí y en sí mismas, lo que debe ser estudiado. Semejante cambio de paradigma nos lleva a desviar nuestro interés de la sustancia hacia los efectos, y de una definición intransitiva hacia una transitiva. Mientras que la literatura anterior a los años ochenta podía presumir de una crítica endógena, lingüística, técnica, y de una mirada sobre ella misma instruida sólo por su propia historia, es en términos éticos y de micropolítica de los sujetos en los que los contemporáneos justifican sus proyectos, reintroduciendo formas de consciencia del mundo y de sus congéneres que se presentan como singulares. Entonces, son las definiciones pragmáticas, como la de Richard Shusterman, centrada en una “experiencia literaria” extremadamente inclusiva, y que prefiere confiar en los horizontes de lectura en vez de en las supuestas propiedades específicas (2009: 53), lo que es necesario invocar.

¿La literatura remediadora?

- 11 La idea de que la literatura haya jugado un papel de reparación, primero como adalid de la escritura, pensada en sí como forma de suplencia de la cosa a través del significante, y luego como tumba o como recuerdo de lo que ya no está, no es nueva. Seguramente ha cohabitado con la de un ejercicio social o moralmente utilitario de las letras en la retórica, organizado desde la *Retórica* de Aristóteles por la terna *docere, placere, movere*. Comedias y panegíricos, crónicas y cartas de consolación, poesía épica y poesía elegíaca se han superpuesto y, a veces, entrelazado, sin que la obra de glorificación y el trabajo del duelo, la diversión y la queja contra el paso del tiempo, el elogio al deseo y al lamento de la ausencia se hayan revelado irreconciliables. Es, sin duda, a finales del siglo XVIII cuando esta convivencia se altera y encontramos, quizás por primera vez, esta antinomia inequívoca entre una escritura concebida como añadidura gratuita y dichosa, o, por el contrario, como respuesta a la finitud y como gesto de substitución. Es esta ambivalencia del término “suplemento” la que Derrida propone analizar en Rousseau. Esta doble función, en apariencia contradictoria, de la literatura como juego, añadido inútil y, sin embargo, como relleno necesario, se lee en filigrana en el análisis del concepto de “suplemento”, tomado en su doble sentido de añadido y de sustituto. Excedente, exorbitante, el suplemento de la palabra literaria es “suplente y vicario (...) un adjunto, una instancia subalterna que *tiene lugar*”, apunta Derrida, remarcando que “el signo es siempre el suplemento de la cosa misma” (1967: 208)¹⁴. Sin adscribirnos completamente a este posicionamiento, se perfila en el análisis un marco general que nos invita a reincorporar a la escritura literaria en el amplio campo de los dispositivos, funcionalmente inútiles, pero simbólicamente indispensables, de suplencia y de reparación. Dicho de otra forma, los textos literarios podrían ser leídos según un régimen dual: el de las finalidades en las que se inscribe la obra, o bien, el de un trabajo lingüístico y semántico descontextualizado. En el contexto de análisis crítico en el que nos enmarcamos, a la vez profundamente nutrido por un modelo estético y por útiles de lectura sociológicos, antropológicos o históricos, por una crítica externa y una crítica interna, la palabra literaria es simultáneamente analizada según estos dos modos, que sólo son antinómicos cuando se ignora “la propiedad que tiene el lenguaje de desbordar por todas partes su empleo estético” (Genette 1991: 12)¹⁵. El costo de semejante posición sería enorme, ya que nos conduciría a sacar a la literatura estrictamente literaria de toda relación con la verdad y con la acción, así como a rechazar la incorporación en la historia de la literatura de las formas no literarias en el sentido poético del término (el ensayo, la biografía, el relato de no ficción, la poesía científica, etc.). Para evitar esta antinomia abrumadora desde un punto de vista diacrónico y sincrónico, podríamos proponer lo siguiente: hay en toda ocupación intensiva de la palabra, por muy determinada que ella sea en función de fines asignables, y en todo gesto de difusión, concebido como desprendimiento posible de un primer contexto de recepción, las condiciones de existencia de la literatura. Nada nos impide, entonces, proponer una lectura literaria que relegue al análisis del plano formal y reinscriba la obra en una red intertextual, que esté o no prevista por la obra.
- 12 “La tumba es el padre de los signos”, decía el filósofo Alain: podemos admitir, entonces, que numerosas formas literarias han sido siempre una forma de compensación frente a la finitud del mundo y una cura contra las desgracias de los tiempos, incluso si es imposible,

sin duda, explicar la infinidad de usos de las artes del lenguaje con una función antropológica única, tal y como querrían hacer los utilitarismos de todo orden. Pienso en las morales del arte que le atribuyen a la literatura una capacidad de educación ética, en los apóstoles del evolucionismo literario para quienes la literatura tendría una función adaptativa de orden casi biológico, de las filosofías del lenguaje como pérdida, a las del lenguaje como reparación. Es cierto que apenas encontraremos consigna o escuela literaria fundada en la remediación. Que muchos de estos discursos sean implícitos no es, sin duda, indiferente y nos habla del desprecio que, por parte de los herederos de una literatura intransitiva, sufre aún todo relato circunstanciado o concebido con un objetivo de intervención en el mundo, al igual que el anatema que acarrea toda literatura en la que el amor por la forma y por la estructura no sea su única sobredeterminación. Nuestra opinión de lo literario se mantiene, en efecto, profundamente marcada por la oposición barthesiana entre el escritor (para quien “el material se vuelve, de alguna forma, su propio objetivo”, “el *por qué* del mundo” se sumerge “en un *cómo* escribir” y sigue siendo ésta “una cuestión”) y los escribientes (“hombres transitivos que proponen un fin (testimoniar, explicar, enseñar)”) (Barthes 2002: 404-407), que se encuentran profundamente desacreditados por el imperativo aristocrático de gratuidad e intransitividad. Resulta evidente que pensar las literaturas de la remediación es intentar evitar una oposición entre los proyectos de escritura que se ocupan de una cuestión, de un sujeto, de un problema, que pretenden ser una ejecución directa o, al menos, operaciones cognitivas, y una tradición “literaria” en la cual se supone a la ambición formal como el soporte principal de la atención del lector y como el sujeto último de conocimiento. Se trata también, tal y como propone Helene Merlin-Kafman, de intentar desplegar conceptos originales para comprender una literatura que privilegia “la función reparadora” (2016: 271)¹⁶ antes que la retórica, a la que propone denominar “transicional”, por analogía con el conocido concepto de Donald Winnicott (Merlin-Kafman 2016: 272). Esta reflexión, aunque resulta incompleta, da cuenta de una tentativa de renovación de categorías y de una evolución que va de una teoría filosófica a una teoría psicológica de la literatura. La fuerte mediatización que tuvo el ten referencial literario y la literatura en ella sea en función de o, luego de citar los detalles de la versimilitud exoficcional en ocasión de las novedades literarias de 2016, para referirse, no sólo a las bioficciones, sino a todo lo que rompe con la autoficción (el término es, en realidad, una invención de Philippe Vasset en 2011 para caracterizar “una literatura que mezcla el relato de lo real tal y como es, con los fantasmas de quienes lo llevan a cabo” (2011)¹⁷: dicho de otra forma, lo que los defensores de los planteamientos cognitivos llamarían una literatura de la *enacción*), pone en evidencia, por tanto, una fuerte tendencia del relato desde los años 2000: no sólo la del realismo, la de la atracción por el documento, sino la de un trabajo de revelación y de intervención hermenéutica. En realidad, la exoficción, si adoptamos el término, puede llevarnos tanto a la interioridad banal como a la existencia remota. Lo que la caracteriza es hacer del trabajo de la lengua el medio de una operación psíquica que aspira a volver a trabajar saberes y creencias.

- 13 Se trata, por lo tanto, de arriesgarse a modificar los perímetros bien conocidos, de acercar las escrituras originariamente literarias a escrituras vulgares. Es la ocasión de preguntarse, de manera crítica, sobre nuestros criterios tradicionales acerca de lo literario, y de desbloquear al fanatismo de la literatura que impide ver en qué puede la obra, en efecto, operar psicológicamente. Este problema lo encontramos con exactitud en el comienzo de *L'Art comme expérience* de John Dewey:

Además, la perfección misma de esos productos, el prestigio que poseen a causa de una larga historia de indiscutible admiración, crean convenciones que obstruyen una visión fresca (...)

En esta tesitura, se impone una primera tarea para el que pretende escribir sobre la filosofía de las bellas artes. Esta tarea consiste en restaurar la continuidad entre las formas refinadas e intensas de la experiencia que son las obras de arte, y los acontecimientos, hechos y sufrimientos diarios, que se reconocen universalmente como constitutivos de la experiencia (2014: 29-30)¹⁸.

- 14 Tomemos un recaudo: describir estos discursos salvadores, terapéuticos o reguladores en todas sus modulaciones, estas *interventions*, no constituyen para mí, en absoluto, una forma de justificarlos, ni siquiera de adherirme a ellos. Menos aún si tenemos en cuenta que estos metadiscursos se sitúan, a menudo, bajo una tendencia autocrítica, que raramente renuncian a una sospecha y a una conciencia de los límites del lenguaje, nutrida por la crisis del humanismo literario del siglo XX, causando debates entre los propios escritores. No sé si el ímpetu lírico de Pierre Michon en *Vies minuscules* podrá, como lo sueña su autor, devolverle la vida, a través de la palabra, a los niños muertos demasiado jóvenes; no sé si el proyecto de Emmanuel Carrère de dar testimonio de las víctimas de enfermedades o del tsunami va más allá de una pose para salir del aislamiento estético; ignoro si Annie Ernaux o sus lectores se han sentido mejor gracias a la memoria que le ha ofrecido a un mundo que está desapareciendo; no sé si la voluntad de François Bon de visibilizar a los olvidados, a los infames de la sociedad, tiene sentido. Ni siquiera sé si prepara y constituye la posibilidad de una acción de carácter político posterior o incluso de una atención empática que pueda supervisar formas habituales de curación. No sé si Jean Rouaud conseguirá “rellenar el enorme espacio abierto entre las palabras y las cosas” con la literatura, o si Patrick Deville “salvará” con sus relatos biográficos a los diez mil millones de individuos que habitan en la tierra. Por una parte, tales opciones suscitan reticencias y contra discursos que hacen del arte una manera, no de suturar, sino, por el contrario, de mantener las facturas abiertas o de recordar simplemente su impotencia (Olivier Cadiont ironiza así en su *Histoire de la littérature récente*: “decimos con frecuencia que la literatura es una terapia, pero no es así. Nada de eso. Transcribir no cura nada; no soportamos mejor las cosas duplicándolas con las palabras –como si al decir las todo fuese mejor” (2016: 10)). Por la otra, la medida de la acción de la literatura es un campo de investigación apenas esbozado por las ciencias cognitivas y las ciencias del afecto¹⁹, y los conceptos intrínsecos a los estudios literarios que le acompañan, como la catarsis, la simbolización, son todavía aspectos que se debaten: son discursos, deseos, proyectos, intenciones, en lugar de efectos concretos cuantificables que la historia literaria puede y debe describir. Es lo que intentaré realizar a partir de un corpus literario necesariamente muy reciente, acompañado de discursos metatextuales, mediáticos y sociales: este trabajo se acerca bastante a una historia literaria del siglo XXI. Definir de entrada una obra a partir del devenir del mundo más que al de la literatura, inscribirla en la lógica de un trabajo del yo y del otro, pedirle que proporcione formas substanciales de saber histórico o político, pedirle que dé cuenta de una verdad sólo accesible para ella o que opere una experimentación filosófica en la medida de lo posible, en vez de una experiencia lingüística, son opciones literarias muy marcadas. Que estas orientaciones sean hoy mayoritariamente las de las obras literarias francesas contemporáneas, que definan sus valores, que garanticen la legitimidad, exige una reflexión.

BIBLIOGRAPHY

- Aron Paul, Saint-Jacques Denis y Viala Alain (dir.), *Le Dictionnaire du littéraire*, París, PUF, 2002.
- Barthes Roland, “La littérature, aujourd’hui [1961]”, *Essais critiques* [1964], París, Seuil, 2002, p. 411-421.
- Bataille Georges, “Lectures pour tous”, *La Littérature et le Mal*, 21 de mayo de 1958, entrevista en televisión con Pierre Dumayet, <http://www.ina.fr/video/I00016133/georges-bataille-a-propos-de-son-livre-la-litterature-et-le-mal-video.html>.
- Blanchot Maurice, *L'Espace littéraire* [1955], París, Gallimard, 1996.
- Bourriaud Nicolas, *L'Esthétique relationnelle*, Dijon, Les Presses du réel, 1998.
- Cadiot Olivier, *Histoire de la littérature récente*, tome I. París, P.O.L., 2016.
- Compagnon Antoine, *La littérature, pour quoi faire? Leçon inaugurale prononcée le jeudi 30 novembre 2006*, París, Collège de France, col. “Leçons inaugurales du Collège de France”, n° 188, 2013, <http://books.openedition.org/cdf/524>.
- De La Chalonge Mathilde, *De la fiction à la biographie, l'exofiction, un genre qui brouille les pistes*, 10 de agosto de 2016, página web “ActuaLitté: les univers du livre”, <https://www.actualitte.com/article/monde-edition/de-la-fiction-a-la-biographie-l-exofiction-un-genre-qui-brouille-les-pistes/66392>
- Demanze Laurent, *Encres orphelines: Pierre Bergounioux, Gérard Macé, Pierre Michon*, París, José Corti, 2008.
- Derrida Jacques, *De la grammatologie*. París, Minuit, 1967.
- Detambel Régine, *Les livres prennent soin de nous: pour une bibliothérapie créative*, Arles, Actes Sud, 2015.
- Dewey John, *L'Art comme expérience* [1931], París, Gallimard, 2014.
- Ehrenberg Alain, *La Fatigue d'être soi: dépression et société*, París, Odile Jacob, 1998.
- Flahault François, *Be yourself! Au-delà de la conception occidentale de l'individu*, París, Mille et une nuits, 2006.
- Gefen Alexandre, Talon-Hugon Carole y Bernard Mathilde (dir.), *Arts et émotions: un dictionnaire*, París, Armand Colin, 2016.
- Genette Gérard, *Fiction et diction*, París, Seuil, 1991.
- Jourde Pierre, “À quoi sert à la littérature (2)”, *Confitures de culture*, 11 de marzo 2009, blog, <http://pierre-jourde.blogs.nouvelobs.com/archive/2009/03/11/a-quoi-sert-la-litterature-2.html>.
- Kafka Franz, *Œuvres complètes*, tomo III, París, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, 1984.
- Kréplak Yaël, “Le continuisme deweyen à l'épreuve des situations. De l'art comme expérience aux pratiques artistiques en interaction”, *Après “L'Art comme expérience”: John Dewey dans le débat contemporain*, París, Questions théoriques, 2016, http://www.academia.edu/28340428/Kreplak_Apre_s_lArt_comme_expe_rience_Le_continuisme_deweyen_a_le_preuve_des_situations.pdf.

- Keen Suzanne, *Empathy and the Novel*, Oxford, Oxford University Press, 2007.
- Lemoine Simon, *Le Sujet dans les dispositifs de pouvoir*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2013.
- Merlin-KajmanHélène, *Lire dans la gueule du loup: essai sur une zone à défendre, la littérature*, París, Gallimard, , 2016.
- *L'Animal ensorcelé. Traumatismes, littérature, transitionnalité*, París, Ithaque, 2016.
- Michon Pierre, *Mythologies d'hiver*, París, Verdier, 1997.
- *Le Roi vient quand il veut*, París, Albin Michel, 2007.
- Modiano Patrick, *Conférence Nobel*, 7 de diciembre 2014, http://www.nobelprize.org/nobel_prizes/literature/laureates/2014/modiano-lecture_fr.pdf.
- Millet Richard, *L'Enfer du roman: réflexions sur la postlittérature*, Paris, Gallimard, 2010.
- Nussbaum Martha, *Poetic Justice: The Literary Imagination and Public Life*, Boston, Beacon Press, 1995.
- Popova Maria, "What Books Do for the Human Spirit: The Four Psychological Functions of Great Literature", *Brainpickings*, 9 de octubre de 2014, blog, <https://www.brainpickings.org/2014/10/09/school-of-life-literature-reading/>.
- Régis Jauffret, *Lacrimosa: roman*, París, Gallimard, 2008.
- Robbe-Grillet Alain, *Pour un nouveau roman*. París, Minuit, 1963.
- Seurat Alexandre, *La Maladroite*, Arles, Rouergue, 2015.
- Sallenave Danièle, "L'extrême contemporain: question de roman", *Poésie*, n° 41, 1986.
- Shusterman Richard, *L'Objet de la critique littéraire* [1984], París, Questions théoriques, 2009. Traducción de Nicolas Vieillescazes.
- Bruno Thibault, "À l'écoute de ceux qui sont à la traîne: le récit dialogué dans *Adieu* et dans *Viol* de Danièle Sallenave", *French Prose in 2000*, Michael Bishop y Christopher Elson (ed.), Actas del coloquio internacional sobre literatura francesa y francófona, (Dalhousie University, septiembre 1998), Amsterdam y New York, 2002.
- Taylor Charles, *L'âge séculier*, Paris, Seuil, 2011.
- Todorov Tzvetan, *La Littérature en péril*, París, Flammarion, 2007.
- Vasset Philippe, "L'Exofictif", *Vacarmes*, n° 54, invierno 2011, <http://www.vacarme.org/article1986.html>.
- Viard Dominique, "En lieu et place des sans-voix", en "Ce que la littérature sait de l'autre", dossier coordinado por A. Gefen, *Le Magazine littéraire*, n° 526, noviembre 2012.
- "Le silence des pères au principe du «récit de filiation»", *Études françaises*, vol. 45, n° 3, 2009, <http://id.erudit.org/iderudit/038860ar>.
- Vercier Bruno, *La Littérature française au présent: héritage, modernité, mutations*, París, Bordas, 2008.

NOTES

1. [Traducimos el término, que aparece de forma recurrente, *Réparer* por “reparar”, manteniendo así la propuesta de Javier Albiña en la traducción para Anagrama de la novela de Keranga Maylis, *Réparer les vivants*, evidente referencia en este ensayo de Gefen (*Reparar a los vivos*, de Kerangal Maylis, Barcelona, Anagrama, 2015). Por extensión elegimos el término, que también aparece varias veces, “reparadora”, frente a otras propuestas posibles como “sanar/sanadora”. *Réparer* en francés, al igual que en castellano, es un verbo que no se aplica normalmente a las personas. En la edición en papel el capítulo se titula simplemente “Introducción”, en la publicación digital en Fábula, “Reparar a los lectores”.]
2. [Traducción nuestra. En la edición en francés aparece en la contraportada, en la edición en español Michon Pierre, *Mitologías de invierno. El emperador de occidente*, Madrid, Ediciones Alfabet, 2009, no aparece este texto.]
3. [Mantenemos la traducción del título de Compagnon Antoine, *¿Para qué sirve la literatura?*, Madrid, Acontilado, 2012. Traducción de M. Arranz.]
4. [La traducción es nuestra.]
5. [Mantenemos la traducción de Modiano Patrick, *Discurso en la Academia Sueca*, Barcelona, Anagrama, 2015. Traducción de M. T. Gallego Urrutia.]
6. [Mantenemos la traducción de Michon Pierre, *Llega el rey cuando quiere: Conversaciones sobre literatura*, Madrid, Wunderkammer Áurea, 2018. Traducción de M. T. Gallego Urrutia.]
7. Hago uso de la célebre noción de Nicolas Bourriaud (1998). [Ver Bourriaud Nicolas, *La estética relacional*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2008, Traducción de C. Beceyro y S. Delgado.]
8. Ver también el relato de Alexandre Seurat (2015) inspirado en el caso de Marina Sabatier.
9. Esta expresión es también citada por Bruno Thibault (2002).
10. La novela cuenta el diálogo con una joven que se ha suicidado, por otra parte, amante del escritor.
11. Carta à Oskar Pollak del 27 de enero de 1904.
12. Ver también el ensayo de Simon Lemoine (2013).
13. [La Nouvelle Revue Française es una afamada revista literaria fundada a principios del siglo XX en torno a un grupo de escritores tales como André Gide o Jacques Copeau.]
14. [Mantenemos la traducción de Derrida Jacques, *De la Gramatología*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971. Traducción de O. del Barco y C. Cerreti.]
15. [Mantenemos la traducción de Genette Gérard, *Ficción y Dicción*, Lumen, Barcelona, 1991. Traducción de Carlos Manzano.]
16. Ver también el texto de Helene Merlin-Kafman de 2016, *L'Animal ensorcelé. Traumatismes, littérature, transitionnalité*.
17. Ver también los comentarios de Mathilde de La Chalonge (2016).
18. Sobre la aplicación Deweyaux formas artísticas contemporáneas ver el texto de Yaël Kréplak (2016). [En la cita mantenemos la traducción de Dewey John, *El arte como experiencia*. Barcelona, Paidós, 2008. Traducción de J. Claramonte.]
19. Reenvío a mi primera aproximación, en coautoría con Carole Talon-Hugon y Mathilde Bernard (2016).